

MARIA PORTADORA DE ESPERANZA



Durante este tiempo de Adviento que estamos por concluir, se nos ha invitado constantemente a fortalecer la esperanza. Hablar de la esperanza en este tiempo litúrgico y después de las catequesis que el Papa Francisco ha dado este año, lleva el riesgo de repetir ideas y tal vez no aportar nada nuevo.

Pero en realidad no se trata de tener ideas nuevas o brillantes sobre la esperanza, sino tomar conciencia y ver, cómo estamos viviendo en la cotidianidad de nuestra vida la esperanza, virtud tan esencial para cada una de nosotras, para la Iglesia y el mundo.

Esperanza, es la palabra que más resuena en nosotras cuando hablamos del Adviento, y la persona que la encarna profundamente en su vida es María. Su inquebrantable fe para decir: “*hágase en mí según tu Palabra*”, inspira nuestra fe cristiana. María convierte su tiempo de espera en un tiempo de esperanza para toda la humanidad.

Esperanza, es la palabra que más resuena en nosotras cuando hablamos del Adviento, y la persona que la encarna profundamente en su vida es María

También nuestros Fundadores vivieron el Adviento, desde aquel 4 de septiembre de 1797 en el que se trasladaron a la Grand Maison, hasta la noche del 24 de diciembre de 1800 en la que hicieron sus votos. Vivieron también como María, un camino de fe y esperanza.

El Si generoso, disponible e incondicional de María, que nace de la fe, engendra esperanza y amor, y la lleva a fiarse totalmente de las promesas de Dios. En la espera de María se resume toda la esperanza del pueblo de Yahvé. Esta respuesta creyente y esperanzada de María, tan profundamente insertada en la historia de su pueblo y de toda la humanidad, la vive como un camino fundado en la esperanza de una salvación que viene de Dios.

También nuestros Fundadores vivieron el Adviento, desde aquel 4 de septiembre de 1797 en el que se trasladaron a la Grand Maison, hasta la noche del 24 de diciembre de 1800 en la que hicieron sus votos. Vivieron también como María, un camino de fe y esperanza.

El SI de María y de nuestros Fundadores, es un desafío para nosotras. Todo lo que estamos viviendo en el mundo, la Iglesia y la Congregación, necesita ser mirado, entendido y asumido desde la esperanza. No una esperanza teórica, sino una esperanza encarnada como la de María.

Nuestro mundo está envuelto en una crisis generalizada a todos los niveles: político, económico, social, ecológico, institucional... Ante

la abundancia de dificultades, se corre el riesgo de vivir desorientados, inseguros, sin esperanza y con un cierto miedo a afrontar el futuro. A veces, la imagen del porvenir que se nos presenta a nivel mundial, puede resultar incierta o poco alentadora. Puede parecer que, en vez de desear el futuro, se le teme o lo que es peor se puede caer en la indiferencia, el pesimismo, el sin sentido...

También en la Congregación estamos viviendo cambios, donde han surgido miedos, dudas, preocupación, incertidumbre, preguntas; pero también ha habido ilusión, confianza, optimismo, esperanza... Cuando nos acercamos a la Palabra de Dios, podemos reconocer que las preguntas, las interpelaciones, las dudas surgen de la misma vida. El Evangelio está lleno de preguntas, en él aparecen también miedos, dudas, respuestas... Jesús es especialista en hacer preguntas que nos llevan a hacer luz en nuestro interior, y a buscar respuestas sinceras.

En este tiempo de Adviento, donde la liturgia nos invita a vivir una esperanza gozosa y nos recuerda que Jesús sigue naciendo cada día, vale la pena preguntarnos, ¿cómo está mi esperanza? ¿qué razones tengo para vivirla gozosamente? María portadora de esperanza, puede ayudarnos, animarnos y acompañarnos en la vivencia de esta virtud tan necesaria para cada una de nosotras, para la Congregación y para el mundo de hoy.

En este tiempo de Adviento, donde la liturgia nos invita a vivir una esperanza gozosa y nos recuerda que Jesús sigue naciendo cada día, vale la pena preguntarnos, ¿cómo está mi esperanza? ¿qué razones tengo para vivirla gozosamente?

El Artículo nº 3 de nuestras Constituciones dice: *“en nuestro seguimiento radical de Cristo, María su Madre, modelo de fe en el amor, nos precede en el camino y nos acompaña para entrar plenamente en la misión de su Hijo”*. La fe de María le hace dar un salto generoso de aceptación de la voluntad de Dios. Se fía totalmente de Él, aunque su razón no entienda lo que Dios le pide.

María no es una mujer que se deprime ante las incertidumbres que le presenta la vida, es una mujer que escucha, que acoge la realidad como se presenta, con sus días claros y con sus días grises, su “Fiat” cotidiano, alimenta y fortalece su fe y su esperanza.

Cuando todos abandonan a Jesús en la Cruz, allí está ella, en la oscuridad, pero de pie. Y está allí por su fidelidad al Plan de Dios, porque tiene la esperanza que no es el final, sino el principio de algo grande.

La respuesta de María *“Hágase en mí según tu Palabra”*, revela su disponibilidad total al Plan de Dios, que la llevará por caminos muchas veces desconcertantes, hasta llegar al pie de la Cruz. Cuando todos abandonan a Jesús en la Cruz, allí está ella, en la oscuridad, pero de pie. Y está allí por su fidelidad al Plan de Dios, porque tiene la esperanza que no es el final, sino el principio de algo grande.

En este momento que todas estamos implicadas en la elaboración del Plan Apostólico de Congregación (PAC), dejémonos acompañar por María portadora

de esperanza, para descubrir junto a ella, por dónde el Señor nos quiere llevar para seguir siendo testigos del amor y de la misericordia de Dios. Necesitamos despertar en nosotras la confianza en Dios y la alegría de sabernos amadas, llamadas y convocadas por Él, para ser como María generadoras de vida y esperanza.

Que, en esta Navidad, el Niño de Belén, luz de los pueblos, esperanza de los pobres y sencillos, llene nuestro corazón de renovada esperanza y nos enseñe a vivir como María, abandonadas en el amor misericordioso de Dios.

“A cada hermana y comunidad les deseo de corazón una Feliz Navidad”